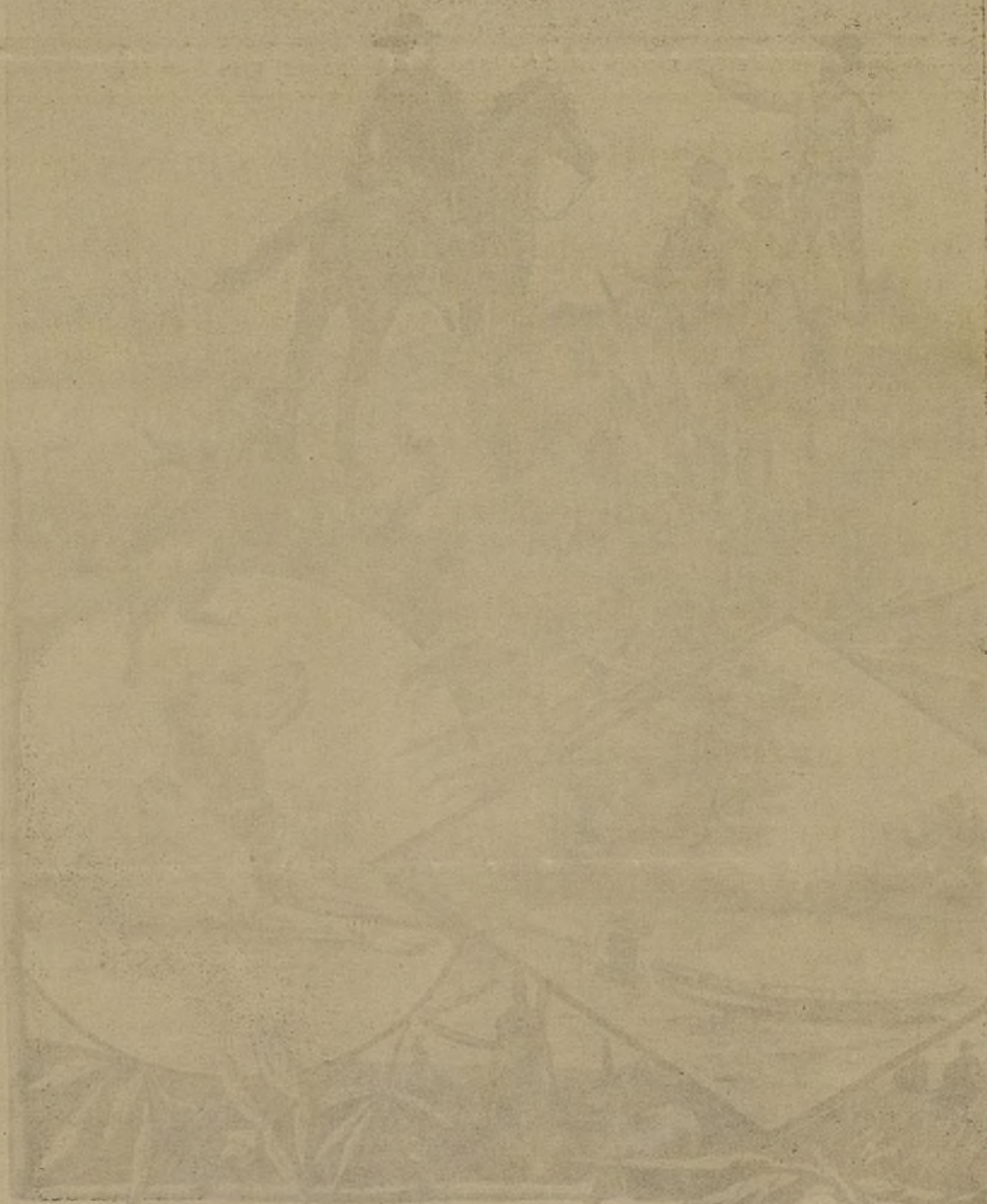


El Montero Extremeño



Director: D. Luis Romero de Tejada.

Monte de Piedad
de la Ciudad de Madrid



Impreso en la imprenta de la Real Academia de Ciencias Exactas y Físicas

ADMINISTRACIÓN.
OBISPO Y ARCO, NÚMERO 3.

EL MONTERO

PERIÓDICO

DE CAZA, PESCA, AGRICULTURA Y SPORT.



Precios de Suscripción.

2 PESETAS TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA.

EXTREMEÑO

PROPIEDAD

DE LA SOCIEDAD MONTEROS DE EXTREMADURA

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

Advertencia.

No siendo posible por ahora á los redactores de este periódico dedicarle su atención con la asiduidad debida á los que con sus suscripciones nos favorecen, antes que publicarlo con el retraso y la irregularidad con que han salido los dos últimos números, hemos preferido suspender su publicación esperando tiempos mejores.

Al despedirnos, damos las más expresivas gracias á los muchos compañeros de caza que han tenido la generosidad de pagar sus suscripciones, y la abnegación de leernos.

Crónica de caza y pesca.

Madrid 22 de Noviembre de 1896.

Señor director de EL MONTERO EXTREMEÑO.

Muy señor mío: Todos los días hay noticias de expediciones cinegéticas, á las que favorece mucho el buen tiempo de que desde el 10 del actual venimos disfrutando.

A la que se ha verificado recientemente en Darameza, provincia de Toledo, dirigida y organizada por el marqués de la Torrecilla, asistieron el conde de Torrepalma, los marqueses de la Romana, Peñaflor y Jura Real, el conde de Casal, D. Alfonso Nájera y D. Angel y D. Isidoro Urzáiz.

En esta cacería uno de los expedicionarios tuvo la desgracia de que se le disparara la escopeta, hiriendo en un ojo al marqués de la Romana.

La cacería, que había empezado bajo los mejores auspicios, pues solo en el primer día se

cobraron 107 perdices y 86 liebres, se suspendió con tal motivo.

Por fortuna, el estado del señor marqués de la Romana, á quien deseamos rápido y completo alivio, no es grave.

Al mismo tiempo que ocurría tan sensible accidente, el señor marqués de Villamayor, hermano del señor marqués de la Romana, se hallaba cazando con algunos amigos suyos en el famoso coto de Madrigal, inmediato al Estado de Malpica.

En este coto había una hermosa casa, en la que se declaró un gran fuego mientras se hallaban en la posesión los indicados cazadores. El incendio no causó, afortunadamente, desgracias personales, pero la casa quedó destruida por completo.

Pérez Eserich, Rosales, Ridaura y multitud de sus alegres amigos, regresaron ayer de su cacería de patos en las lagunas de la Mancha, donde pasaron seis días disparando muchos tiros y cobrando más de 600 ave-frías, que han repartido entre los establecimientos benéficos de esta Corte.

El 17 salieron á cazar á los montes del Escorial de Arriba los Sres. Alvarez Guerra, Polo, Díaz Martín, Muñoz Rivero, Catalina, Díaz y Pérez, Ossorio y Bernard, Balart y los hijos del señor Fontagut. El primer día de expedición cinegética cobraron ciento doce piezas (conejos y perdices), y el segundo, remontados á las altas sierras coronadas de blanca nieve, tiraron sobre varios lobos, hiriendo á tres y cobrando una loba con tres lobeznos de pocos días. Díaz y Pérez disparó por dos veces sobre un corzo que los perros siguieron más de cuatro kilómetros sin resultado alguno, á pesar de ir herido. El 20, Alvarez Guerra y Díaz Martín dieron cuenta de dos lobos que cayeron al suelo á los certeros disparos que dichos señores les hicieron, notándose la circunstancia de que el mayor de ellos venía herido de dos balazos, uno sobre la paleta trasera derecha y otro en la cabeza, y ambas heridas estaban ya casi cicatrizadas.

Esta mañana han regresado los expedicionarios en el mismo tren en que venían multitud de soldados que tornan á su patria, heridos unos y enfermos otros, de la guerra de Cuba.

Al parar el tren en la estación del Norte, el Sr. Díaz y Pérez se apercibió de que él y sus amigos venían en tan buena compañía, y cuando descendían los primeros heridos dió un ¡viva España!, que despertó el entusiasmo de más de 3 000 personas que llenaban el andén. Los cazadores se convirtieron en enfermeros, bajando de los coches á los soldados, acomodándolos en las camillas de la Cruz-Roja y en los coches que las ambulancias militares tenían preparados, y despidiéndose de los valientes patriotas en medio de los trasportes más entusiastas. Antes de dejar los cazadores la estación repartieron la caza entre los soldados que quisieron aceptarla, y con ella 100 pesetas para que comprasen tabaco, ya que á la hora en que llegaban no había abierta ninguna expendeduría de tabaco. El Sr. Díaz y Pérez fué muy victoreado por los soldados y viajeros. No he de añadir á usted que este señor es el cronista de Badajoz y redactor de EL MONTERO EXTREMEÑO.

Suyo afectísimo amigo,

L. TUÑÓN MARTINEGA.

* *

Cacería del día 11 de Noviembre.

No siéndoles indiferente á los constantes lectores de EL MONTERO cambiar sus impresiones, vamos con su beneplácito á reseñarles la del día que encabeza este artículo, aunque brevemente, para no cansarlos demasiado.

En cita con los señores de Arroyomolinos de Montánchez y punto conocido de antemano, juntóse dicho día una partida no escasa de buenos y probados monteros, y de valientes, maestros y nunca bien ponderados perros. A cosa de las diez ojeadores y escopetas ocuparon sus puntos, y empezó la batida por la mancha conocida con el nombre de Juncal merino. Al cuarto de hora empezó la primera lata, á la que siguieron varias indicando que algunas coquinas y marranchones habitaban tan agreste lugar. Uno de estos últimos, más incauto que sus hermanos, tuvo la desgracia de dejarse cojer por la trabilla, que ávida de dar entretenimiento á sus colmillos, se ensañaron en él con tan tremenda furia que le ocasionaron la muerte. Otro mejor criado que su desgraciado amigo, desapareció del teatro de tales operaciones, y atravesando el río, fué á dar á donde con ojo avizor y febril impaciencia le esperaban, recibiendo una muerte instantánea por un aficionado casi de pega llamado D. Adolfo Canal. Trascorrida como media hora, por los mismos pasos que llevó dicho cochino apareció soberbia, fiera é imponente una coquina de gran alzada, pero de poco peso, y como si por intuición hubiera presumido lo acaecido á su compañero, examinó detenidamente el campo con penetrante mirada, y lanzando varias maldiciones allá en su lenguaje, desapareció entre las tupidas jaras de la vista de quienes la esperaban, siguiendo, sin dejar de maldecir, á la misma espe-

sura de donde poco antes y de modo tan irreverente la habían levantado de su cómodo lecho.

Verifíese después la comida, y se dió otra mancha, de la que nada salió porque nada había, y en la cual se puso el sol, despidiéndose en el punto de encuentro los que por la mañana alegres y contentos se estrecharon la mano de bienvenida, dándose el adiós de despedida, cual hacemos hasta otra con los simpáticos lectores de EL MONTERO.

Cacería del día 8 de Diciembre.

En la mañana del citado día, al toque de los pitos de caza, cuyo sonido misterioso hace hervir la sangre de los aficionados cual las trompas guerreras de otras épocas, aparecieron por distintas calles, como movidos por un resorte, colleras de perros y cazadores á caballo. Juntos ya en numerosa partida, se dió la voz de marcha para sitio conocido de todos, en donde á vista de la primera mancha que había de darse, se hizo distribución de monteros y escopetas. A fuer de narrador fiel y cual si fuera obligado corresponsal, diré á los que por curiosidad lean estas líneas, que pocas veces en estos asuntos reina tamaña anarquía como el que señala estas páginas. Desacertados estuvimos en la primera prueba, pues hubo de recorrerse la mancha sin novedad; no diré para sus moradores, porque no los había.

Emprendimos la marcha á la segunda, y antes que la última escopeta que cerraba el ala derecha estuviera colocada, dieron la voz de alarma los sabios cuanto hermosos perros de esta recoba, nunca bien ponderada. Su empuje lanzó fuera de sus lechos nueve ó diez coquinas que buscaron salida por distintos puntos de su agreste vivienda; ¿pero cuál sería nuestra sorpresa cuando nos vimos invadidos en todas direcciones por nuevos perros y gente de á pie, que haciendo fuego sobre los bichos perseguidos por nuestra recoba y monteros, consiguieron dar muerte á una coquina que tuvimos más tarde que sujetar á la suerte? Así como nos pertenecía de hecho y de derecho semejante trofeo, quiso la fortuna recompensarnos del desorden que introdujeron en nuestra gente, haciendo que nos tocara la coquina.

Dimos más tarde otra mancha, y también nos fué ingrata la suerte de no ver salir de ella ni una zorra.

Poco ó nada de entretenimiento proporciona esta reseña; pero por cambiar impresiones damos á la estampa su mal pergeñado relato, sabiendo de antemano que todos los lectores de EL MONTERO, con su esquisita amabilidad, sabrán suplir lo que falta para hacerla más sabrosa.

ANTONIO LANCHÓ.

Alcuescar 10 Diciembre 1896.

* *

El 12 de Noviembre volvieron de montar en Españares y el Socor, el Excmo. Sr. D. Ricardo Belmonte y Cárdenas, marqués de Santa Rosa y su hijo D. Francisco, D. Juan de Labastida y otros amigos.

Cobraron en ocho días 17 jabalíes, cuatro ciervos y dos magníficos venados. Total, 23 reses.

Esta montería será una de las más notables de este año.

Otra de personal heterogéneo.

El día 14 de Noviembre fueron invitados á dar una montería en la Alhondiguilla, por don Guillermo Giménez, varios amigos de esta capital, hasta el número de 19.

Llegados á dicha finca, hicieron el sorteo y numeración para colocar dos armadas y una travesía, más una retranca de cuatro ó cinco.

San Agustín se llama la mancha, y entraron los perros como de costumbre, y empezaron á salir reses por diferentes puntos.

Tiró una D. Luís Guzmán el Bueno, sin tocarla. D. Francisco Castillo, que creo era el único Dios que había ido á la montería, tiró tres tiros á dos cochinas. D. José Herrera Vázquez, profesor veterinario de primera clase, que fué el iniciador en la Tierna de la música *vámonos á casa, que es lo más prudente*, disparó á una cochina dos veces, sin que se sepa la lesionara en lo más mínimo. El conocido por el Bejo, mató una de dos tiros. D. Eduardo Loaiza, tres tiros á un enorme cochino, que aunque dijo que lo había herido, no se cobró. Un hijo del arrendatario de la finca, disparó á una cochina, que mató.

El Bejo chico y otro apodado Juanillo el Trompo, tiraron una á la vez y quedó muerta, habiéndole dado ambos. Otro conocido por Cabeza gorda, tiró dos, matando una. D. Enrique Serrano, de quien en otras veces he hecho mención, tiró una, que no tenía sus días cumplidos. D. José Espejo Blancas, otra id. id. D. Antonio Guerrero Muro, á dos cochinas y una zorra, cinco tiros de rifle sin resultado. El Sr. Portillo á otra cochina, sin novedad en su importante salud.

Resumen: muchas reses, muchos tiros y muchos chambones, pues solo se cobraron las cuatro dichas, y eso que entre los que no mataron, figuran á la cabeza de los buenos tiradores.

En el camino ocurrió un incidente que pudo ocasionar una desgracia, pero que felizmente nada malo resultó.

D. Enrique Lacalle y Cantero, que montaba una mula, resbaló ésta, y cayendo ambos, produjo la risa consiguiendo entre los presenciales, costando trabajo levantar la mole entre cinco personas.

Palabras textuales de D. Enrique Serrano.

Otra.

No sé si tendrá usted conocimiento de la montería efectuada en los primeros días de este mes de Diciembre en los cotos de la Aguja, la Adelfilla y las Mesas del Bembezar.

Esta expedición la han hecho D. Pedro Castillejo y Gragera, su hijo D. José y D. Guillermo Giménez, los primeros de Fuente Obejuna, y el último de Córdoba.

Han cobrado en dicha montería, nueve cochinos de ambos sexos, tres ciervos y tres venados. Total, 15 reses.

Me ha dicho D. Guillermo que las escopetas blancas, que eran los tres, han sido poco dañinas.

Otra.

Ayer 7, han venido los socios de Campo Alto,

que fueron á montar por tres días, y efecto del mal tiempo han estado cinco.

Ha habido más reses que estrellas en el cielo, según referencia, y entre más de 20 escopetas, solo han cobrado tres jabalíes. Esto me parece que puede llamarse una mala montería.

RAFAEL DE ROJAS Y VIVAS.

Á los Sres. D. Carlos Rovira y D. Ricardo

Bonastre.

Estimados amigos: Nos separamos hace un mes, y desde entonces no he tenido noticias vuestras. De mí las tendreis por este conducto, si los señores del correo á ello no se oponen.

En cuanto llegué á ésta, mis amigos me hablaron de proyectadas expediciones venatorias, y mi presencia, como era natural, excitó más los ánimos ya un tanto encendidos. La noche misma de mi llegada, en el nuevo y hermosísimo casino, hubo reunión de aficionados.

Según allí se dijo, el señor conde de Campomanes no había regresado aún de la expedición á sus posesiones de La Mancha; D. Antonio Pacheco con D. Antonio Nava estaban rondando en los confines de las sierras de San Pedro; nuestro director D. Luís Romero, hallábase ocupado en la dehesa de San Román; Agudo, de Valverde, enfermo; de los aficionados de Almen-dralejo, D. Guillermo Nicolau y señor marqués de Gallegos, nada sabíamos, ni del Pachá, de La Garrovilla, tampoco. En resumen, quedábamos reducidos á pocos cazadores y ningún perro de reses. No obstante, como no hay dificultad que un buen propósito y una firme voluntad no venzan, con nuestros propios recursos nos echamos al campo, fiados en nuestra buena suerte.

Pernoctamos en el cortijo de Las Llanas, su dueño D. Luís Núñez, y los simpáticos jóvenes D. José Rubio, D. Francisco Mora, D. Fidel Macías y D. Miguel Nogales (*Primoritos*) y yo.

Quedaron en reunirse con nosotros á la mañana siguiente desde el cortijo de D. Juan Gragera, en donde se alojaron, éste, D. Eustaquio Martínez, D. Justo Palacín, D. Alfredo Girbal, D. Gerardo Serra y D. Rosendo Rigau.

Con antelación, el Sr. Núñez había dado cita al sitio de Los Marcos á los amigos de Cordovilla.

Emprendimos la marcha para Los Marcos, á donde llegamos media hora antes que aquellos, entre los que venían el capitán Pepe González (Avefría), Cañas y su hijo, el boticario, el maestro de escuela, ó el *pelagogo*, como decía Cañas, Martínez y otros varios.

Concertado el plan, el capitán colocó su armada rodeando la mancha de Los Pelados, que consta de varios pegotes de monte, pareciendo islas verdes en un negro mar hecho por los incendios. Yo me hice cargo de los monteros.

Los de Cordovilla tienen una malísima costumbre que no hay quien se la quite, y es que llevan sueltos los perros al cazadero, y como éstos son muy buenos, resulta que antes de llegar los cazadores á la mancha, ya los canes están en ella levantando y ahuyentando la caza.

En esta ocasión, lo que pudo ser causa de trastorno lo fué de fortuna. En el camino vieron los de Cordovilla las huellas de una piara de jabalinas que se habían internado en la mancha de Los Frontones. Un perro, el de Martínez, siguió la ida, y cuando los monteros íbamos por la vereda de Las Perdices á tomar la vuelta de la mancha, pasó á pocos metros de nosotros un jabalí que venía de Los Frontones y se metió en Los Pelados. Detrás le seguía el podenco de Martínez.

Empezamos á montar, y en seguida un perro llamó con una jabalina, que notando estaban las escopetas esperándola hacia adelante, hizo su escapada atrás. Le salen al encuentro nuestros perros de conejos (que á falta de otros los habíamos llevado), acosándola; llega á donde yo me hallaba, pasándome á diez metros por la mitad de un quemado; yo la daba ya por muerta, cuando al disparar, una avalancha de perros que atropellándose se metieron entre las patas del caballo que yo montaba, hizo que éste se moviese bruscamente, quitándome la puntería. La jabalina, sin variar su carrera, fué á dar en otros monteros que le dispararon sin tocarla; los perros acosándola cada vez más; los jóvenes *Primoritos* y Mora que hacían sus primeras armas, clavando las espuelas á sus caballos, siguieron á los perros en frenética carrera; pero el primero tuvo la desgracia de que, aflojándosele la cincha al jaco, vino al suelo la silla con el jinete. Mora y con él Macías, que se le unió, siguieron la persecución, y á poco llegaron á un espeso matorral en donde los perros tenían rodeada á la jabalina.

Dejando sus caballos, con los cuchillos desvainados acudieron allá. Mora, que como ya he dicho era nuevo en el oficio, y no sabía que pudiera haber peligro, (porque aún ignoraban si era una jabalina ó un jabalí grande), entró sin cuidado alguno, Macías, con alguna precaución; pero al llegar vieron que un perro, dando lastimeros quejidos, volaba por encima de las matas, lo que hizo retroceder más que de prisa á los cazadores; pero oyendo en seguida gruñidos de dolor dados por la fiera, comprendieron que era hembra y estaba cojida por los perros. Efectivamente, mi perro Temblores, ya experimentado en estas lides, y el cachorro Tony, de Mora, que como su amo hacía sus primeras armas, la tenían sujeta por las orejas, y los demás perros la atanaceaban á mordiscos. Fidel la remató de una puñalada que la pasó de parte á parte.

Nuestros perros de conejos se portaron muy bien; pero hay que confesar que nada hubieran hecho sin los de Cordovilla que están muy adiestrados.

Cargamos la guarra en un borrico, *Primoritos* ensilló su caballo, tomamos los demás los nuestros y siguió la batida.

Levantaron otro jabalí los perros, recorrió toda la armada del frente sin salir del monte, y se escurrió hacia Los Frontones, recibiendo un disparo que sin consecuencias le hizo la escopeta allí apostada. Cuando ya creíamos al jabato fuera de peligro, oímos á nuestra espalda una nutrida descarga. Un momento creíamos que era

nuestro; pero los latidos de los perros que lo perseguían ya dentro de Los Frontones, nos hizo comprender que también había escapado de aquel peligro.

¿Pero quiénes habían hecho aquella descarga? Piqué á mi rocinante y fuí allá, encontrándome á los del cortijo de D. Juan, incluso D. Juan, disputando acaloradamente sobre quién era el más chambón. Viniendo en busca nuestra, oyeron los latidos de los perros, prepararon sus famosas escopetas recibiendo al jabalí, que se les metió encima, por un llano pelado como la palma de la mano. A Grau le faltó un cañón cargado con metralla (¡si no le falta!....); Palacín se había quedado ocupando un puesto y no lo estuvo á tiro (¡si llega á tenerlo!....); Girbal no había puesto los cartuchos (¡que si los hubiera puestos!....), y D. Juan Gragera dijo que vió dar la bala de su primer tiro debajo del jabalí, queriendo enmendar el segundo se la echó por encima. Si hubiese tenido la escopeta tres cañones el tercer balazo dá en su sitio.

Yo, creyendo que de tal descarga no podría menos de ir herido el jabalí, corrí tras de él y de los perros un buen trecho. Admirao de mi credulidad, pues de creer que aquellos inofensivos cazadores lo habían herido, á creer que un burro vuela, no hay gran diferencia.

Continuó la batida. A Núñez le pasó un jabalí á buen tiro, le disparó dos, hiriéndolo.

Primoritos le salió al encuentro, soltándole un escopetazo á buena distancia y el segundo también; pero huyendo su caballo, al que clavándole las espuelas salió tras el jabalí como una flecha, lo alcanzó dos veces, alanceándolo con el cañón de su escopeta; pero á la segunda, volvió á aflojarse la cincha, viniendo gine y montura estrepitosamente al suelo. Si traería *Primoritos* su caballo preparado para montar como si fuese á dar un paseo al Vivero?

En esto el jabalí se escurrió, y aunque lo seguimos largo trecho por la sangre, pedazos de huesos y gordura que iba dejando, no pudimos dar con él.

Otro cazador de Cordovilla, cuyo nombre no recuerdo, hirió á una jabalina que cobramos como más adelante diré. Yo tiré desde el caballo otro jabalí á regular distancia y en buen terreno, y fué á juntarse con el de D. Juan y compañía. Dimos luego El General.

Hubo en aquella mancha muchos lobos y varios jabalíes á los que también hicieron fuego los compañeros de D. Juan, excusando decir lo que resultó.

Monteando esta mancha, el joven Paco Mora averiguó que un cabrerito de corta edad, pero con muchas alicantinas, había cobrado, quizá quitándola á nuestros perros, la jabalina herida por el de Cordovilla. Fueron á buscarla Núñez y Martínez, y poco menos que á la fuerza se la hicieron soltar al aprovechado zagal.

Aquí se separaron de nosotros aquellos amigos, prometiendo reunírsenos al siguiente día en el coto de Anavacas, en donde nos esperaba don Juan Macías. Tuvieron que regresar á su alojamiento montados en el caballo de San Francisco, por haber dejado los suyos donde no debie-

ron. El único que caminó en piés ajenos fué Grau, que se apoderó de un rucio sin permiso de su dueño, recojiendo de paso en el cortijo de Núñez un manojo de salchichas que había sido facturado equivocadamente.

El día siguiente lo empleamos en cazar Anavacas, en donde se hallaba D. Juan Macías ejerciendo sus derechos señoriales. No acudieron, como era de esperar, el otro D. Juan y sus secuaces, y no faltaron, como era natural, los de Cordovilla.

Hubo poca caza, y se mató solamente un jabalí, que murió á manos de Cañas.

El otro día cazamos la Sierra del Machial. Un viento frío y huracanado nos molestó en extremo.

Se tiraron tres corzos por el capitán González, el saleroso Fidel y por el que suscribe, sin hacer daño á nadie.

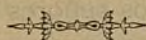
Regresamos al día siguiente á Mérida. En el camino entramos en la casa de campo de don Juan Gragera para saludar á su señora madre y á su hermana doña Dolores, las que con la exquisita amabilidad que las distingue nos hicieron comer allí y tomar un exquisito café, que hizo con sus propias manos el propio D. Juan.

Al regresar al cortijo de Anavacas, hallamos á D. Antonio Pacheco, que regresaba de su casa á reunirse en la ronda otra vez con su amigo Nava. Nos dijo que habían cojido cinco jabalíes, dos de ellos grandísimos.

Y aquí, amigo Rovira y compañero Bonastre, termino mi crónica, echando un puñado de tierra sobre la tumba de EL MONTERO EXTREMEÑO, que acaba de fallecer á los cinco años de edad.

S. I. T. L.

LUPUS.



(Continuación del capítulo III).

hizo que el autor se marease, soltando la pluma y dando á luz felizmente.

CAPITULO IV.



Como empezó y como acaba.

CUANDO hace tiempo se reunieron los colaboradores de EL MONTERO EXTREMEÑO para tratar de escribir la heterogénea novela que con tanto gusto habrán saboreado sus lectores, me hicieron la distinción, que jamás agradeceré bastante, agradeciéndola cuanto puedo, de invitarme para poner en ella mi pluma peca-dora.

Como en este país sale adelante el dos por ciento de lo que se proyecta, mucho más si es útil ó deleitable, creí que el pensamiento no se realizaría, y en esta creencia y por complacer á mis amigos, me comprometí á escribir los paralipómenos de la obra,

recordando aquellos versos: «En diez años de tiempo que tenemos, ¿el rey, el asno ó yo no moriremos?»

No sé lo que ocurrió en aquel caso. Lo que sí sé es que están sobre mi cabeza las Horcas Caudinas, bajo cuyas lanzas tengo que pasar forzosamente, no obligado por los Sanmitas vencedores, sino por los ilustrados escritores que me han precedido. ¡Y cómo escriben los pícaros! ¡Qué manera de derrochar ingenio y gracia! ¡Qué modo de mentir! Hasta ha habido quien ha morganzado hablando de un zapato y otras cosillas. ¡En buen lío me he metido por creer que no saldría adelante la obra magna! Pero en fin, si los malos ratos hay que pasarlos pronto, voy á despreambularme y á entrar desde luego en materia.

Empieza la obra mi querido amigo y compañero don Antonio Rodríguez de Morales haciendo gala de su donosura en el decir, de su talento y condiciones literarias, presentando á Brachina de Espinal y á Alfonso Ochoa individuos de distinguidas familias que han de ser protagonistas y origen de la novela, cuyos comienzos datan de principios del siglo XIV. Los señores Rodríguez, Pacheco (don Alfonso), Viñas, Macías (don Juan), J. Wasch (Viñas), Macías (don Maximiliano), Romero, Pacheco (don Carlos), y Pablo y García, han sido los encargados de escribir la historia de esas familias hasta nuestros días, dejándome la triste misión de rematarlas actuando de puntillero. Todos han lucido su castizo lenguaje, su correcta pluma y su inagotable ingenio, y casi todos me han dedicado halagüeñas frases, que no porque sean innmerecidas dejo de agradecer.

Veamos ahora cómo ha salido cada cual de su empeño, procurando ser en mi recopilación lo más breve posible, porque no quiero que se diga de mí lo que decía un amigo mío del sacristán de su pueblo: «Canta mal, pero canta mucho.»

El señor Rodríguez, valiéndose de Farfán y Ortuño, servidores de la casa de Ochoa, dá una batida á los lobos, y sin más armas que rústicas flechas, hace una mortandad mayor que todas las hechas por el Ganges. Don A. Pacheco casa á don Alfonso Ochoa con doña Brachina de Espinal, y los deja recorriendo sus estados acompañados de Fortún y Nuño, sus leales servidores. Viñas nos revela que el matrimonio de don Alfonso y Brachina era incestuoso,

por ser ésta fruto de la violencia que don Pedro de Ochoa había ejercido sobre doña Idelgunda, madre de Brachina. Macías nos describe la sorpresa y muerte de don Alfonso y toda su escolta, mientras Brachina, en medio de los montes y sin auxilio alguno, daba á luz con toda felicidad un robusto niño. Vuelve Viñas á la palestra, ahorca á Farfán y Ortuño y roba á Brachina y el niño. El diferente estilo y carácter de letra que se observa desde el capítulo IV en adelante, dán motivo á un concienzudo estudio de don Manuel Rodríguez, del que se comprende que aquellos capítulos son apócrifos y falsos. Consultado el caso con un fraile muy erudito y gran bibliófilo, resultó comprobada aquella sospecha, que vino á robustecerse con el hecho de haber encontrado el rey Felipe IV tres individuos de edad vetusta: abuelo, padre é hijo, descendientes de aquella ilustre familia. Pero no hay dicha completa, y hé aquí que cuando parece que la historia de los Ochoas entra y su verdadero cauce, y vá á reconstituirse el árbol genealógico, don Maximiliano Macías nos presenta á estos tres individuos como tres borrachos empedernidos que, perturbados por el alcohol, llegan hasta el extremo de romper en la coronada testa del rey Felipe el barreño de los garbanzos en remojo. Tristemente impresionado abandonó S. M. la casa de los Ochoas, y una hora más tarde las llamas consumían el edificio, pereciendo abrasados dentro de él los tres personajes. La aflicción de Felipe no tuvo límites, y tal vez hubiera muerto de hipocondría si uno de sus gentiles hombres no le hubiera asegurado, bajo fe de caballero y de cristiano, que aún quedaban dos vástagos de tan ilustre extirpe, un varon que seguía la carrera de farmacia, y una Menegilda que estaba en Madrid sirviendo en la Posada del Peine.

Aquí se pierde ya el verdadero hilo de la historia, y don Manuel Romero emprende nuevos y falsos derroteros, presentándonos como último descendiente de los Ochoas nada menos que al célebre vate de Plasenzuela, á quien hace andar á guitarrazo limpio con el autor de estos renglones. ¡Ay Romero, Romero! *Quare conturbas me?* *Tu quoque fili mihi?* ¿Qué necesidad has tenido de sacar á colación una de nuestras mayores glorias? Tobarito para ser ilustre no necesita descender de los Ochoas. Tobarito no necesita ascendientes. Es un indi-

víduo de generación espontánea. Es un individuo *suis generis* que forma tipo propio y que se tiene creada por sus escritos y por sus genialidades una reputación europea. Cuéntase de un general que siempre estaba adulando á Francisco I con el recuerdo de sus victorias.—Pues más que todas ellas,—le dijo un día el monarca,—cuento un hecho en mi vida que me enorgullece más que todos mis triunfos.—¿Y cuál es ese hecho?—preguntó el general con el mayor respeto.—Haber competido con el emperador Carlos V,—le contestó Francisco I.—¿Qué mayor gloria para mí que haber andado á guitarrazos con el inmortal Tobarito? Perdoneme el lector esta digresión, y continuemos con el asunto principal de este escrito.

Corresponde el turno á don Carlos Pacheco, y después de organizar, como llevo dicho, conviene en que Tobarito no tiene nada que ver con los Ochoas ni Espinales, de cuya raza solo queda una hembra, dama de honor de la reina Ana de Austria.

Guillermo Pablo le sigue, y enmaraña el asunto más de lo que estaba. En eso se parecen los historiadores á los abogados, quienes tal vez aclaren la razón ó sin razón del negocio que traen entremanos; pero para los que no entendemos de leyes ni de los *intrínquilis* de las leyes, cada informe ó cada opinión de esos señores es un nudo más que enreda la madeja.

En este mar de confusiones no nos queda más fuente histórica que la tradición, y con objeto de cerciorarme de lo que pudiera tener de cierto la existencia de la Espinal en la Posada del Peine, me hospedé en ella unos días, y una vez que adquirí alguna confianza con un anciano á quien recogieron de niño los antiguos dueños de la posada, le interrogué y pude averiguar y confirmar luego con las correspondientes certificaciones de nacimiento y defunción, así como por el padrón vecinal, que efectivamente en dicha posada hubo á mediados de este siglo una sirvienta llamada Robustiana Espinal, conocida por La Espinala, que casó con un mal torero de invierno llamado Zalea; que de este matrimonio nació un niño, á quien bautizaron con el nombre de Restituto; que la madre murió á consecuencia de una fiebre puerperal, y que el niño, andando el tiempo, sacó las aficiones de su padre, siendo uno de los primeros capitalistas que se arrojaban al ruedo en la plaza de Madrid á mitad de la lidia del últi-

mo toro. En una de estas tardes y estando arrancándole una banderilla al toro que tenían ya amarrado al tiro de mulas, salieron éstas á escape arrastrándole largo trecho, y enganchándole el toro, ya muerto, con el cuerno derecho por el costado izquierdo, le produjo una terrible herida, de la que murió á los pocos momentos. ¡Quién había de predecir que la ilustre raza de los Ochoas y Espinales hubiera de terminar pisoteada y arrastrada! En cuanto al estudiante de farmacia se sabe que murió envenenado con un cigarro de la tabacalera.

Me encuentro agotadas todas las inventivas; nada nuevo puedo decir de los personajes, y tengo que matarlos.

PRIMORES.

EPÍLOGO

SIGAMOS adelante, compañero, que aún nos queda por ver el departamento más curioso é interesante del manicomio.

—Supongo que se referirá usted á aquel de que ayer me habló; el de los literatos.

—Justamente. Como la enfermedad se ha presentado con caracteres extraordinarios, hoy que ha tomado usted posesión de su empleo y es mi colega en este establecimiento, conviene que le dé detalles de este mal para que, con su reconocida competencia, busque, como busco yo, su remedio.

—Escucho á usted atentamente.

—Hace algunos meses un sugeto de esta población fué atacado de la manía de escribir; púsose en contacto con otros varios, más ó menos predispuestos á contraerla, y la enfermedad tuvo un gran desarrollo en poco tiempo.

Concertaron lo que no concertaría la más rara extravagancia, que fué escribir un libro, novela ó cuento, en colaboración, cada uno un capítulo á su modo y manera. De vehículo á los microbios literarios sirvió un periódico que se publicaba en ésta ciudad; el contagio se propagó de una manera alarmante, y no sé donde hubiésemos ido á parar si el director, que es hombre tan serio que ni aún Tobarito se atreve á llamarle de tú, al enterarse de lo que sucedía, no hubiese concluido de una manera fulminante con su periódico. Pero como había peli-

gro de que la plaga se diseminase, la autoridad tomó cartas en el asunto, y *velis nolis*, encerró en el manicomio á los atacados, y ahí los vé usted en ese departamento á todos juntos esperando que los dos diputados delegados consigan un crecido crédito para construir un departamento aislado de este edificio, á fin de evitar el contagio.

—¿Quién es aquel moreno, alto, delgado, con barba negra á lo Pidal?

—Que no llegue á sus oídos tal nomhre, pues no le agrada. Es un letrado que le dá por lo clásico, por lo castizo. Sus autores son Selgas, Alarcón, poquito de Galdós y mucho de Pereda. Rechaza todo lo que no sea castellano neto, y no ha querido aprender francés, ni leer traducciones francesas, porque no se le pegue algún galicismo.

Gústale lo antiguo de nuestra literatura y lo antiguo en política. Don Carlos es su bello ideal, y ya que no le sea posible vagar por las montañas de Navarra donde espontáneamente nacen sus correligionarios, á ellas vá en sentido figurado, y ese fué el teatro que escogió para la novela.

—¿Tiene usted esperanzas de curarlo?

—¡Ya me libraré yo de poner los medios para que sane de la manía de escribir! En cuanto á la otra, la edad, que amortigua los hervores de la sangre; los desengaños, que enfrían los entusiasmos, y las circunstancias que á mucho obligan, son factores muy poderosos para su curación. Ya se han dado algunos casos en los que dos jóvenes igualmente entusiastas y fogosos, pero militando en los partidos extremos más opuestos, se han encontrado, han coincidido en los medios....

—¿Y ese gordo, rechoncho, casi esférico, de plácido rostro, ¿quién es?

—Otro letrado. Este es reincidente; es decir, ha tenido una recaída, y no es fácil, por tanto, su radical curación.

—¿Y aquellos dos que están sentados en los extremos opuestos, uno lampiño que mira sonriendo á todas las mujeres que pasan por la calle, y el otro grueso, robusto, que sin cesar retuerce su bigote?

—Son hermanos y literatos *per accidens*. Les gustan las chirigotas, y se han contagiado por hacer lo que sus amigos le pedían.

—Aquella especie de ardilla que corre, se agita y se mueve, con peligro de sus gafas, ¿quién es?

—También ese es letrado, con aficiones de Taboada. Probablemente lo dejaremos

en libertad, porque se están recojiendo firmas pidiendo se le suelte hasta que termine una plaza de toros que tiene en preyecto. Este ha recargado, es decir, ha escrito dos capítulos, y está muy malito.

—¿Y aquel larguirucho, especie de Caballero de la Triste Figura, con nariz de á palmo, que lleva en el sombrero una plumita?

—Ese es el *ren*, el motor de todo este belén, el que metió los perros en el monte, el que contagié, en fin, á todos.

Ha nombrado usted á D. Quijote y no ha sido en vano, porque aquí hay un símil físico y otro moral.

Al Hidalgo Manchego le volvieron los sesos los libros de caballerías, y creyéndose un Amadís, cabalgando sobre su destartalado jamelgo salió á buscar aventuras. A ese que vé usted ahí, lector asíduo del *Madrid Cómico*, se le calentó la mollera, y en ella se le metió hacer una novela extravagante como la que en aquel periódico había leído.

Este no es solamente un loco literario, sino un chiflado artístico, porque además de escritor es pintor, músico y actor cómico, y para que nada le falte, se cree hermoso y le parece que lleva prendidos en la plumita de su sombrero todos los corazones femeninos.

Este infeliz no tiene remedio, como tampoco lo tiene aquel otro que está á su lado sentado sobre un banco, engullendo lo que de la comida de los otros ha sobrado, después de haber engullido la suya. Es pariente del anterior; le dá también por el estilo de Taboada, con quien ventajosamente pudiera competir si su invencible pereza le permitiese estudiar y aprender las reglas más elementales de la retórica. Este también es incurable.

—¿Y aquel infeliz, de ojos cargados de carne, bigotazo enmarañado y entrecano, de abultadas espaldas, que además de la camisa de fuerza tiene puesta una mordaza y está sujeto por el cuello con una cadena fija á la pared? ¿Quién es ese infeliz?

—El más peligroso de todos. Ese la tomó tarde, y le sucede en literatura lo que á los viejos cuando se enamoran. Es reincidente. Escribe de todo, y para no perder tiempo y quitarse estorbos de encima, arrojó por la ventana la sintáxis. Su fuerte es la literatura venatoria, y lleva escritos, además de un libro, no sé cuantos cientos de periódicos. Figúrese usted cuantas bolas habrá soltado.

Dicen que algunas veces es mordáz, y yo creo que es fama adquirida sin razón, como otras muchas. Ahí le tenemos hasta que terminen una jaula de hierro que le están preparando.

—Allí veo otra gruesa cadena hecha pedazos. ¿Quién la ha roto?

—Esa la rompió de un tirón un poeta espontáneo para escaparse á leer una improvisación en verso libre en un banquete.

—¿Y consumió la suerte?

—Sí, señor; y á mí me tocó perder, porque tuve que asistir aquella noche á casi todos los comensales.

—Solo nos falta examinar aquel otro bajito, patitorbo, narigudo, que habla con todos á la vez, contando cuentos y chascarrillos de todas clases y colores.

—¡Ah!, ese, otro letrado que tiene más de una chifladura. La de los cuentos es añeja, crónica. Adora varios ídolos. Para él el *summun* del arte es el toreo; no hay más que un hombre en el mundo, Lagartijo, ni más libro que *El Quijote*, ni más veterinario que Chaves, con cuya colaboración ha resuelto trascendentales problemas dentarios.

—¿Parece que ahora grita y se enfurece llamando no sé á quién?

—Llama á los impresores para que se lleven sus escritos. Por cierto que los impresores no quieren venir temiendo que los encierren.

—¿Son también literatos?

—*In illo tempore* han sufrido varios ataques graves, y al fin y al cabo aquí han de venir á parar. Ahora están metidos á otras chifladuras. A uno le dá por la mecánica y al otro por las minas.

—¡Ta, ta, ta!, hombres al agua, cuando menos el de las minas.

—Me parece que exagera usted, compañero; no creo tan grave la locura minera; yo, al menos, minero soy, y me parece.....

—¿Es usted minero?

—Sí, señor.

—Entonces, querido compañero, le aconsejo que ahora que tiene usted la sartén por el mango, váyase preparando una celdita bien confortable para cuando le haga falta.

LUPUS.

NOTA.—Matamoros se escapó porque se acabó el papel.

Mérida.—Tip. de Plano y Corchero.